

entre la producción de lo necesario para la vida y los individuos que deberían tener derecho á consumirlos? El desequilibrio existe desgraciadamente; pero no es un desequilibrio *natural*, sino artificial: no es que haya *exceso de población* (*sopra-popolazione*), sino que lo que hay en algunas clases, y precisamente en las productoras, es *defecto en el consumo* (*sotto-consumazione*), por virtud de la viciosa distribución de la riqueza. «Según la opinión de muchos economistas y las quejas que lanzan los grandes productores agrícolas é industriales, existe hoy un *exceso de producción* (*sopra-produzione*); es decir, que en la agricultura y en la industria, *se produce más de lo que se consume*. Ahora bien; si hay *super-producción*, no puede haber verdadera *super-población*, porque estos dos hechos se excluyen y se contradicen recíprocamente, siempre que la segunda no proceda de la imposibilidad de alimentar suficientemente un determinado número de habitantes en una región determinada. Y si se habla con insistencia de la coexistencia y simultaneidad de la una y de la otra, es porque en realidad muchos hombres consumen *menos* de lo que normalmente deberían consumir. Existe un *sub-consumo*, como acertadamente lo llama Wiede, el cual engendra la *super-población*, producida por la presente organización y por las malas leyes sociales, que alteran é impiden la proporcionada y equitativa repartición de los productos.» Es verdad que las comodidades de la vida, los goces y las riquezas que los proporciona se han aumentado mucho con el progreso de la humanidad, y sobre todo con los realizados en los últimos tiempos; pero, ¿han disfrutado y disfrutan de este bienestar todas las clases en igual medida, ó en proporción de sus méritos, según es más justo, ó por el contrario, ha venido á recaer sobre unos *pocos*, que son precisamente los que menos méritos tenían? La condición de los trabajadores, ¿ha mejorado en proporción del aumento de producción? El autor, con otros pensadores que cita, entre ellos el mismo Molinari, «representante del liberalismo y burgués hasta los ojos,» lo niega.¹ Mientras los ricos han aumentado sus placeres, y á ellos y al lujo

¹ También Minghetti reconoce—en el citado artículo de la «Nuova Antología—que «si es verdad que el bienestar de las clases trabajadoras ha aumentado considerablemente, es preciso añadir: *las necesidades y los deseos de aquellas clases han aumentado en una proporción mucho mayor.*» Y Vaccaro, después de demostrar que las conquistas de la Revolución francesa vinieron á redundar en beneficio exclusivo de la burguesía, sin aprovechar nada á las clases pobres, hace suyas estas palabras de Bagehot: «Los hombres se hallan condenados hoy á un trabajo mucho más penoso, arrastran una vida mucho más miserable y más abyecta que los que vivieron en otro tiempo,» y lo atribuye á la concurrencia capitalista. «La lotta,» etc., pág. 116.

consagran una grandísima parte de su fortuna, que es fortuna social, al trabajador y al pobre les falta lo absolutamente necesario. «¿Qué puede importarle al proletario de los suntuosos edificios que él no habita, de los cuadros y objetos artísticos de lujo que no posee, de los teatros espléndidos que no frecuenta, cuando ha sido él el principal factor de todo esto y le falta, sin embargo, lo necesario, y siente hambre, y frío, y no puede obtener un tipo y grado de bienestar que sería *posible* concederle? Como consecuencia de esto, y puesto que «la justicia y la humanidad no presiden, ni por asomo, á la distribución de la riqueza, y el *orden* que mantiene este modo de distribución, no estando fundado sobre aquellas, no tiene otra razón que la *fuerza*, el autor no vacila en afirmar que «es lógico y legítimo el contraponer la *fuerza* á la *fuerza*; legítima y lógica la rebelión de los proletarios cuando la pueden hacer, é inútiles y vanas las quejas de los conservadores contra las tendencias revolucionarias del proletariado, hasta cuando se manifiestan con la destrucción de los productos de la civilización.»

Con una nueva organización social es, pues, posible atenuar y remover cada vez más la causa directa de la lucha, que es, como se ha dicho, el defecto de consumo en una gran parte de los individuos, no el desequilibrio entre la población y los medios de subsistencia, y es posible, por tanto, que todos disfruten de un relativo bienestar.

Los medios para atenuar esta lucha, que el autor enumera y explica,¹ tienen, á sus ojos, bastante menos importancia que la que tendría una nueva organización social.

Finalmente, de esta nueva organización es de donde debe venir el remedio contra los malos efectos de la ignorancia y de la miseria, que son, por consiguiente, las que hay que combatir. Educadas aquellas

¹ Son los siguientes: En primer lugar, en tanto que llega á realizarse el ideal socialista, deben equilibrarse en cuanto sea posible la población y los medios de subsistencia, aumentando estos ó disminuyendo aquella. «Si la progresión aritmética, según la cual crecen los medios, no se puede reducir á geométrica, según la cual se desarrolla la población, se transforme en aritmética,» sin que esto implique inmoralidad alguna.—En segundo lugar, indica para conseguir este intento, los *frenos preventivos* de Malthus, el *freno moral*.—En tercer lugar, expone las opiniones de los moralistas, economistas y fisiólogos, que han supuesto, bien que la naturaleza misma, y sin necesidad de ningún freno, limita el crecimiento de la población, bien que este crecimiento está en razón inversa del bienestar material, en razón inversa también del desarrollo del sistema nervioso y de la civilización, por tanto, y en razón inversa de la perfección y de la complejidad de los organismos. Cuanto más perfecta, más civilizada y más rica sea una sociedad, tanto menos habrá que temer en ella el excesivo aumento de la población y los estragos de la miseria. Hipótesis por cierto halagadora. La misma esperanza alienta Zorli. Véase la nota de la pág. 206.

clases y con un cierto grado de bienestar, comprenderán la necesidad de contener el aumento de población. «Las reformas civiles y sociales, proceden, por tanto, al uso del *freno moral* malthusiano.»

No niega Colajanni la existencia de la lucha por la vida; lo que niega es que esa lucha tenga en la sociedad el mismo carácter y que revista las mismas formas que entre los animales, y que revistió también en el estado primitivo de la humanidad.

Y la forma que esta lucha reviste hoy y que cada día debe ir ganando terreno, dice en el capítulo VI, que es la del hombre, no contra el hombre, sino contra la naturaleza. Es necesario domar las fuerzas naturales, ponerlas á nuestro servicio; para lo cual no aprovechan las peleas y guerras fratricidas, ni la concurrencia brutal, sino la asociación y la ayuda mutua. De esta manera, la *lucha por la existencia* se cambia en lo que Lanessan llama la *asociación para la lucha*, que nuestro autor prefiere llamar *asociación para el mejoramiento*, «dejando el nombre de lucha por la existencia para el combate entre los animales y entre los hombres primitivos.» ¡Cuánto más lisonjeras y más humanitarias que las fatídicas de Malthus—de cuya filantropía nadie puede dudar—son las siguientes palabras de Colajanni: «En el banquete de la vida hay puesto para *todos*, y en el trabajo en común se estrechan los lazos de solidaridad y se fortalecen los sentimientos altruistas!» Todos los individuos deben asociarse para someter á su dominio á la naturaleza; en el principio de asociación está la salvación de la sociedad. «El hombre y la solidaridad entre los hombres, y no la lucha, nos han dado las prodigiosas obras modernas, como son los ferrocarriles americanos, el canal de Suez, la perforación del Gotardo, etc., y nos las proporcionarán mayores en la sociedad futura...»¹

En la lucha del hombre contra la naturaleza, puede el primero llegar á aumentar los productos de la tierra y, por consiguiente, á alterar la relación entre las dos famosas progresiones malthusianas. Puede realizarlo y lo va realizando por estos tres modos: 1º, mejorando la *calidad* de los terrenos, de manera que en igual extensión den mayor cantidad de productos ó de sustancia nutritiva que la que hoy dan; 2º, mejorando las especies de plantas y de animales; 3º, disminuyendo la pérdida de sustancia nutritiva durante el trabajo,

¹ Bueno es recordar que la escuela sociológica moderna explica perfectamente, como hemos visto al estudiar á Boccardo, el paralelo desarrollo del individuo y de la sociedad; de suerte que cuantos más derechos y libertades adquiere el uno, tanto más gana también la otra. Advertimos esto, porque Colajanni quiere hacer ver que los contraponen, ó al menos discurre sobre este previo supuesto.

disminuyendo la cantidad de residuos en la producción y utilizando nuevamente los obtenidos.

En cuanto á la posibilidad de que algún día se agoten las fuerzas naturales de que el hombre se sirve (como parece que se agotará el carbón fósil), Colajanni, apoyándose en Morselli, que se ha ocupado de esta cuestión, dice que el hombre tendrá en lo futuro dos fuerzas poderosísimas para aprovecharse de la energía solar: *el aire comprimido y la electricidad*. De esta manera la humanidad logrará el «gran *desideratum* del socialismo» que, según el autor, es el siguiente: «que el hombre dirija todas sus fuerzas contra la naturaleza, pidiendo á ésta todo lo que necesite, sin cercenarlo del producto del trabajo de sus propios semejantes.» La lucha habrá, así, cambiado de objetivo, y si bien existirá la concurrencia, esta concurrencia no será ya lucha. «No hay lucha donde hay justicia; no hay concurrencia allí donde á cada uno se le da según sus obras...» A este ideal (que como todos los ideales humanos, no será jamás *enteramente* realizado, pero al cual, progresando, nos aproximamos continuamente), aspira el socialismo. Teniendo presente este ideal, será considerado como *criminal* todo individuo que, economizando las propias fuerzas, quiera procurarse los medios de subsistencia por medio de la lucha contra los demás... y en una sociedad futura, quizá el mayor progreso sea el de considerar como *delincuentes* á los que consuman sin producir.

En el capítulo siguiente se ocupa de la cuestión del *privilegio y la selección*. Los resultados que hoy se obtienen de la lucha son justamente los contrarios de los que los darwinistas se prometen. No son los *mejores* y los más aptos los que sobreviven, sino los menos aptos, «porque, en efecto, los hombres más robustos y más enérgicos intelectualmente, son los que se exponen con más frecuencia y mejor voluntad á la lucha; mientras que los débiles y los perezosos, que son *casi siempre los ricos*, resguardados del peligro, se multiplican fácilmente y perpetúan su debilidad y pereza.» Y por otra razón: «porque mientras, entre los animales, la lucha sexual favorece el triunfo de los más bellos y de los más fuertes, y por tanto, la selección progresiva, entre los hombres, al contrario, *con la actual organización social*, la mujer más bella y mejor conformada se entrega al más rico, que es, ordinariamente, el más débil y el más ignorante.» Así es que la presente organización social, lejos de secundar las condiciones naturales de la lucha, las contraría; lejos de conducir, como Hæckel pretende, á la constitución de una aristocracia formada por los mejores

y que va purificándose cada vez más, conduce, mediante el privilegio que concede á los débiles, enfermizos y perezosos, á la constitución de una aristocracia degenerativa. Porque si no tuviéramos en la historia mil ejemplos de ello, ¹ bastaría para probarlo la siguiente consideración: que un padre que por su talento, virtudes, etc., haya adquirido una posición social respetable, que él mismo se ha ganado, trasmite á sus hijos sus buenas y malas cualidades; pero mientras que las primeras no tienen ocasión de ejercitarse, por efecto de las nuevas y favorables condiciones en que estos se encuentran y se atrofian ó degeneran por el *no uso*, como degeneran y se atrofian los órganos que no se ejercitan, las últimas se desarrollan de un modo extraordinario, y mucho más en los hijos y descendientes de estos, á los cuales no sólo se han transmitido, sino que, además, la mala educación ha favorecido su desarrollo. Esta degeneración es inevitable; acontece también en el reino animal con los parásitos, los cuales, «tan pronto como han asegurado su vida parasitaria, comienzan á degenerar, precisamente lo mismo que los pueblos y los individuos entregados á los ocios de la fortuna, los cuales decaen moralmente. Encenegados en la orgía de un asegurado banquete de la vida, aquellos gaudentes pierden poco á poco las extremidades, las mandíbulas, los ojos, las orejas; el activo y avisado insecto se convierte en un saco informe destinado tan sólo á ingerir alimentos y á depositar huevos.» ² Sobre esto se apoya Colajanni para condenar las sucesiones hereditarias ³

¹ El autor cita varios casos de familias, tanto antiguas como modernas, que han ido degenerando; por ejemplo, la familia *Claudia*, de la cual salieron *Tiberio*, *Caligula*, *Claudio* y *Nerón*, en quien concluye; desde *Vespasiano* se va á *Domiciano*; desde *Clodoveo* se llega á los *reyes holgazanes*; desde *Carlos Martel*, *Pipino* y *Carlomagno* á los últimos reyes de la dinastía *Carlovingia*; desde *Cosme* y *Lorenzo* á *Catalina* y *María de Médicis*; desde *Carlos I* de España á *Carlos II*, etc.

² En estas y otras consideraciones funda el autor la necesidad del trabajo como condición primordial del progreso físico, intelectual y moral. Acerca de la vida parasitaria, sus formas y efectos, pueden consultarse: Boccardo, pref. al vol. 7º y al 8º de la «Biblioteca del Economista;» Espinas, «Les sociétés animales,» segunda edición, París, 1878, pág. 159 y siguientes; Vaccaro, «La lotta per l'esistenza, passim,» y especialmente págs. 22 y 23; «Genesi e funzione delle leggi penali, passim» y pág. 224, y sobre todo un artículo publicado en la «Rivista di Filosofia Scientifica,» Noviembre de 1887, por el mismo Vaccaro, «Sulla vitta degli animali in rapporto alla lotta per l'esistenza,» y otro artículo de F. S. Monticelli, publicado en la propia «Rivista,» Mayo de 1890, sobre «Il parassitismo animale.»

³ Por el contrario, D'Aguanno las defiende, fundándose en los datos de la Antropología, de la Biología, de la Psicología, de la Sociología, etc. Véase su libro «La genesi e l'evoluzione del Diritto civile,» Turín, 1890, págs. 416 y siguientes, y su artículo «Origine del Diritto di successione,» en la «Rivista di Filosofia Scientifica,» Setiembre de 1888.

y para condenar así bien la constitución de las aristocracias, porque forman un verdadero parasitismo, y traen como consecuencia la degeneración, el predominio y bienestar de quienes menos lo merecen, realizándose de este modo una selección al revés. ¹ Lo que el socialismo desea es el predominio de la democracia. «La aristocracia es el hecho y la institución del *pasado*.... la democracia es el hecho y la institución del *porvenir*. La aristocracia era la institución lógica de las épocas en que dominaba la fe exclusiva en la *herencia* y en la tradición; la democracia es el producto lógico de los tiempos en que, sin negar la justa influencia del *hereditismo*, se concede una parte importantísima á la *educación*; y reconociéndose las ventajas de la *tradición*, la cual fija y consolida los cambios útiles que hayan tenido lugar, se da la debida intervención á la acción transformadora de la *razón*, que es la que representa el *progreso*. La nueva consagración de las aristocracias, intentada ahora en nombre del darwinismo, no es más que la negación de la evolución de las *formas* y de los *principios* sociales. ²

En cuanto al sentido y alcance que el socialismo da á esta evolución social de la aristocracia hacia la democracia, hé aquí lo que nos dice: «El socialismo científico no pretende *ahora* la *igualdad absoluta*, sino que espera que la *diferenciación* no *deprima* á una parte de la humanidad á expensas de la otra, y que todos alcancen la garantía de un *mínimum* de evolución normal.... El socialismo científico anhela, más que otra cosa, la igualdad en los *medios* de la evolución y en las *condiciones* de la lucha contra la naturaleza, la igualdad en los *derechos* políticos y sociales, la igualdad de las clases, el reconocimiento de la equivalencia de todo trabajo de utilidad pública.»

El capítulo 8º, que se ocupa de las *leyes naturales* en Economía, es un complemento de los anteriores y á la vez el desarrollo de algunas afirmaciones contenidas en ellos. Para el autor, las leyes económicas son, sí, *naturales*, como los ortodoxos dicen, mas no *inmutables*; antes bien en el cambio progresivo de las mismas, en la sustitución de la acción inteligente del hombre á la pura acción de la naturaleza exte-

¹ Los economistas de la escuela sociológica atribuyen, á su vez, al socialismo esta misma selección á la inversa, en cuanto quiere levantar á las clases inferiores á expensas de las superiores. Véase, por ejemplo, un artículo sobre «La question ouvrière et le collectivisme,» publicado por M. Fontenay en el «Journal des Economistes,» de Enero de 1886.

² Véase cómo tanto los individualistas como los socialistas quieren hacer servir, para la justificación de sus doctrinas, los principios sentados por la ciencia moderna. Colajanni, socialista, es darwiniano; Boccardo, individualista, es darwiniano también. Lo mismo decimos de sus respectivos congéneres.

rior, está el progreso y el adelanto social: en la sustitución, cada vez mayor, de los sentimientos humanitarios, caritativos, sociales, y de los establecimientos en que se ejercitan, protegiendo á los débiles y á los necesitados, á los sentimientos egoístas, personales, interesados, propios de las civilizaciones primitivas y de las sociedades salvajes, está el ideal hacia que debemos tender. No es la proscripción de los débiles, el abandono de los que no pueden resistir en la lucha—como quieren los individualistas, con su porta-estandarte á la cabeza—lo que el progreso pide; no es tampoco—¿cómo ha de serlo?—lo que la ciencia reclama; sino que lo que exigen es que se proteja y se ayude á los que están en condiciones desfavorables para luchar. ¿Qué significa, si no, el que, cuanto más avanzan en cultura las sociedades, más cuidados se prodigan á los menesterosos, no ya por la caridad privada, que al fin y al cabo es movediza y da lo que da como «no debiéndose de justicia,» sino por la caridad pública, que responde ya al reconocimiento del derecho que al socorro tienen los débiles? ¹ ¿No reconoce el mismo Spencer que es necesario que en la familia se dé á cada uno en proporción de sus necesidades, y más, cabalmente, al que menos merece? ¿que se proteja al niño y al enfermo, en vez de dejarles abandonados á sus propias fuerzas? ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en el Estado? ¿Por qué en aquella debe imperar la *simpatía* y el *altruismo*, y en éste la *pura justicia*? ¿No son idénticas las leyes que gobiernan la evolución de una y de otro?

Por fin, en los tres últimos capítulos se propone el autor demostrar: 1º, que la Sociología no podrá anular al socialismo, sino que, por el contrario, cuando una y otro hayan salido del estado embrionario en que hoy se encuentran, será su natural aliada; 2º, que el ideal de Spencer, lejos de ser el que los individualistas suponen, es el del so-

¹ “No existe punto de comparación, dice Ardigó, entre la grandeza de las virtudes que se forman en la sociedad adulta y las de la sociedad primitiva. Estas son muy poéticas, pero como virtudes son pequeñas; aquellas son muy prosaicas, pero como virtudes son más grandes... ¿Qué comparación hay, en cuanto á la virtud intrínseca, entre el acto de una madre que, sintiendo oprimido su corazón ante la vista de un viejo hambriento, que se deja caer en la calle, porque no es de nadie, coloca una moneda en las manos del niño que tiene entre los brazos, para complacerse en su sonrisa mientras la entrega al mendigo; entre este acto propio de la sociedad patriarcal, y la fría decisión de una asamblea legislativa de la sociedad adulta, que reconoce en el pobre el derecho á ser instruido en su infancia, curado en la enfermedad, recogido en la vejez, con los medios procurados por la industria común, y no con el título *humillante* de limosna, sino con el derecho de la humanidad, que tanto ennoblece?” “La morale dei positivisti,” lib. 2º, part. 3ª, cap. II, pág. 333, vol. 3º de las “Opere Filosofiche di Roberto Ardigó,” Padua, 1885.

cialismo, tanto por lo que se refiere al Estado, como á la familia y á la propiedad, y 3º, que el procedimiento que el socialismo emplea para actuarse, es el de la evolución, sin excluir, empero, de ésta, cuando sea necesario, y como una forma de la misma, la evolución.

Bastan estas indicaciones para conocer el estado del socialismo científico en Italia. Hemos preferido para su exposición la obra de Colajanni, porque, como hemos dicho, es la más completa sobre el asunto. Lo demás que hasta hoy se ha hecho, según confesión del propio Colajanni, es muy poco, y sobre ello se encuentran algunas noticias en el mismo libro de este ilustre sociólogo, en la introducción de A. Bertolini á la traducción italiana del «Socialismo contemporáneo» de Rae y en la «Emancipazione economica della classe operaia» de Zorli, si bien el socialismo que éste estudia es un socialismo más templado: es el socialismo de Cossa, Lampertico, etc., de que hemos hablado ya.

CAPITULO V.

RESUMEN.

En todo nuestro trabajo anterior sobre la Economía Política en Italia, nos hemos referido casi siempre á las últimas publicaciones; ni era tampoco posible, por varias razones, que hiciéramos otra cosa. Ahora bien: para dar una idea del cultivo que en el presente siglo ha adquirido en la misma Italia, nos parece conveniente reproducir la última parte de un artículo de L. Cossa, ¹ publicado en la Nuova «Antologia,» con lo cual quedará más completo nuestro estudio.

«En el siglo XIX, dice Cossa, pulularon en Italia los *economistas*, bien que hostigados por los gobiernos antes de 1859 y envueltos después, al menos en gran parte, en el torbellino de la *política*. Dejando á un lado los de menor importancia, recordaremos á Custodi, que reunió á nuestros *clásicos* en cincuenta volúmenes; á Pecchio, que hizo un breve *resumen* de ellos (1829); á Cagnazzi, que fué el primero que *compendió* las doctrinas de Smith y de Say (1813); á Balsamo († 1816), que las difundió en Sicilia; á Valeriani, filólogo y jurisconsulto († 1828), expositor original, aunque prolijo y oscuro, de la doctrina del *valor*; á Gioja, escritor eminente de Estadística († 1829), que dió un *Nuovo Prospetto* (1815-17) de las ciencias económicas, haciendo, no obstan-

¹ Una pagina di storia dell'Economia Politica, en la “Nuova Antologia,” de 1º de Marzo de 1883. Es una historia completa de esta ciencia, hecha en muy poco espacio. Sin embargo, da en ella las más precisas noticias sobre cada autor, y especialmente da, con una palabra ó una frase, la nota característica de cada cual.